



El En-Canto de la loma

Jesús Antonio Reyes Benavides

Estudiante de Doctorado en Sociología IDAES/UNSAM. jesusreyespsi@gmail.com

En Medellín la larga noche, siempre que el silencio lo permita, se convierte en una pregunta. Como lo tararea Alcolirykoz, “acá no dicen ser o no ser, aquí dicen ¿Eso es bala o pólvora?”. En este inmenso cuadro de cerros tutelares y casas como pesebres que cobijan el centro de la ciudad, la vida de las lomas es la pequeña obra de todo un país, que a su vez reproduce las vidas de las interacciones que todos los días unes y otras damos en traspies por las calles de ese mundo paisa.

Conocemos muy bien ese lenguaje, en ocasiones mudo y lleno de silencios, que los rostros manifiestan tras un rumor, tras un chisme que recorre desde el Cristo hasta la Iguaná, o de Carpinelo hasta San Cristóbal. Mas, asimismo conocemos sus códigos, su cifrado y los símbolos que auguran como figura fija el retrato de un suceso. El tiempo sirve de testigo a los hechos relatados, pero a su vez, cuestiona los despertares y las noches en las que muchos creyeron que el fuego y la palabra podrían pasar de ser un mero ejercicio de la literatura, para convertirse en un símil de la digna rebeldía.

La historia me la contó Julián, amigo a su vez de Ratón, quien le dio fuego a un plon mientras en el parque los muchachos cuidaban la vuelta.

—Que noche me quedé en el parque. Mi cucha me sacó del rancho, dijo que vinieron a buscarme los de la SIJIN, estaban preguntando por mí, y doña Martha, la cucha de las empanadas, les dijo que yo vivía por acá. Mi cucha se asustó toda, nea, si viera cómo se puso, me dijo: “Mijo, mejor que se vaya, por acá lo están buscando”. Pero, cucho, le voy a contar cómo fue que pasó todo.

Usted sí sabe, ¿no?

Acá el barrio lo manejan los de los Gaitanistas, y de acá hasta el cerro, todo está con ojos de esos manes. Nada se hace sin que ellos lo sepan, o sin que la Policía sepa lo que están haciendo, pero obvio, les cobran la vacuna a los muchachos, y ellos se la cobran a los del barrio, todo es una cadena. Acá traen de todo, este es un paso por ser la carretera vieja hacia Urabá.

El policía pasa por acá, les cobra lo de la semana, ellos están en la nómina de los paras. Los paras les pagan y en últimas ellos no vienen por acá. Los muchachos, que uno los conoce porque estudió con ellos, pasan entonces por la tienda, por los parqueaderos, por las ventas y cobran el impuesto de la semana. Algunos cobran 5000 pesos, 10 000 pesos, dependiendo lo que usted gane, así le cobran por su seguridad.

Y ellos son bien, ellos no se meten con uno a menos que den la orden. Usted sabe que las órdenes vienen de arriba. Entonces el rico da la orden y el pobre la dispara. Son los mismos amigos de uno, con los que creció. Ellos cuidan esta parte del barrio que limita con Robledo, pero también con la parte de debajo de Kennedy, eso allá es otra cosa, mi fafa.

El hecho fue que yo estudié, yo entré a la U. de A., pero me quedé sin plata para continuar. Tenía que cuidar la casa y los cuchos, pero entonces mi papá murió. Es que pille, le voy a contar la historia.

Mis papás vivían en Carepa. Y en esas los paras los sacaron corriendo, ellos tenían una parcelita y de allá los sacaron a plomo, cuando los sacaron ellos con sus cositas se fueron para Arboletes, pero allá “El Tigre” les quitó las tierras de los abuelos.

—¿Quién es El Tigre?— pregunté.—El Tigre, cucho, El Tigre era un escolta de Castaño, que

ahora anda con eso de la restitución de tierras amenazando a la gente. Entonces les dice “hágale yo le devuelvo su tierra, pero apenas salga de la cárcel me la devuelve. Si no me la devuelve, los mato”.

Entonces, cucho, mis viejos me hicieron en Arboletes y se vinieron para Medellín. Y acá llegaron con mis tres hermanas mayores, aunque a dos las mataron, una por Enciso y la otra por allá por La Escombrera, porque mis cuchos llegaron fue a la 13 y de allá nos vinimos para acá. Cuando los paras y el Ejército se tomaron La Escombrera, eso lo llenaron fue de muertos, y entre esos muertos quedó mi hermanita, por allá tirada en un peñasco donde la botaron.

Mi otra hermanita sí se fue de la casa para Enciso, por allá se fue con uno de los muchachos y les hicieron cacería en esa guerra de combos, se les metieron en la casa y la mataron junto al marido. Los cazaron —nos contaron—. Los agarraron durmiendo, se les metieron policías con paras y los mataron. Ella estaba embarazada. Entonces los cuchos decidieron venirse para acá, para esta loma. Quedamos mi hermanita y yo. Entonces éramos dos.

Digo éramos porque mi cucha se quedó con mi hermanita y me sacó por acá para que no me pase nada. Digo para que no me pase, porque ahora la Policía nos está buscando.

Entonces, cucho, yo entré a la Universidad a estudiar educación, desde pequeño me metían que pille, que estudie, que tenía que dedicarme a estudiar y podía hacer varias cosas con eso para cambiar, que las cosas no podían seguir igual. Salf de la Universidad porque nos quedamos sin con qué comer. Entonces me puse a trabajar en la obra.

Comencé a trabajar en la construcción, salía de allá y nos íbamos a fumar con un parchecito, y llegaba a la casa. Tranquilo, si me entiende, el parche era trabajar y dedicado a la casa. Paramos el rancho, mi mamá y yo, ella se dedicó a vender tintos en la terminal, pero yo estaba en la construcción, aunque quería seguir estudiando.

Entonces hice un plan para entrar en el 2020 nuevamente a la Universidad. Pero llegó la pandemia y nos jodió a ambos. Mi mamá dejó de vender tintos cuando nos guardaron y a mí me echaron

porque necesitaban menos gente. Entonces ahí sí, tocó aguantar. Eso todo el mundo colocaba las banderitas rojas, pero nada llegaba. Los muchachos me dijeron un día que ellos podían dar unos mercados para la gente y se repartió eso.

Me di cuenta que podía hacer algo por la gente, entonces con otros dos parceros nos dijimos, “pues si lo que se necesita es comida, vamos a hacer comida”.

Me puse a recoger mercados por aquí y por allá, y hacíamos una olla en la esquina de la casa. Salía la gente por su platico de comida, llegaban los niños y todos felices comiendo, eso lo llena a uno. Vimos que eso servía, entonces, y como a mí me gusta parchar con la gente, hablando entre todos, dijimos que íbamos a cocinar. Comenzamos a cocinar, a ayudarle a la gente del barrio, pero en esas llegó la Policía y nos puso una multa. La multa era por violar la cuarentena, porque andábamos en la calle y debíamos estar encerrados en la casa.

Cucho, créalas que me reboté. Uno con hambre y estos pirobos a encerrarlo a uno. Me les iba calentando y salió mi cucha y me guardó de una. Me indigné, porque yo le decía: “no, cucha, es que tienen hambre y no dejan ni trabajar, pero tampoco ayudar con la comida”. Y entonces eso se armó por ese lado, se me fue creciendo todo.

Yo comencé a sentirme indignado hace mucho, pero esa fue la tapa. Ni rajan ni prestan el hacha, tampoco dejan vivir; uno no puede estudiar, no puede comer, no tiene salud, y por acá en la loma no es fácil conseguir oportunidades, o usted se pega al combo de los muchachos, o usted se va para la Policía, pero las oportunidades son pocas.

Nea, y entonces comenzaron este año las marchas después de tantas penas. El 28 me tiré con toda por allá, a mí no me da miedo salir, prefiero salir que quedarme en la casa quieto mientras otros pelean por lo de uno. Y cuando me tiré por allá me encontré con más gente de acá, de todo este lado. Entonces uno ya sabe, se asocia con los del parche de uno.

Nos subíamos y bajábamos juntos; uno se tiraba por acá caminando rápido para llegar a las marchas, y de vuelta igual, en la noche ya mamados nos subíamos caminando por el puente para arriba, aunque cuando ya coronábamos el Juanes, ya estábamos arriba.

FUERZA PUEBLO



A UN MES INICIADA LA REVUELTA, SEGUIMOS ABRIENDONOS CAMINO



TERRITORIO EN RESISTENCIA / 2021

Eso al comienzo fue duro. Todo el día caminando, a veces ni la comida teníamos. Y en la noche uno llegaba roto, pero entonces le dio a uno como eso de que las cosas pueden cambiar; al otro día uno ya estaba bajando temprano otra vez para pegarse a la marcha. Al comienzo fue más relajado, aunque nos daban duro. Esos tombos le pegaban a la gente con ganas, yo vi cómo le dieron a más de uno, eso nos fue indignando más. La gente peleando por los derechos y vienen los tombos, que reciben la plata de los paras y además del gobierno, y les pegan así a los que estaban con uno. ¡Uy, nea! Eso me heló la sangre más de una vez.

Acá se comenzó a organizar lo mismo que en todo el país. Algunos comenzaban a hablar por allá y por acá, que tal, que mire, que vamos a hacer algo para defender la marcha, que mire en Chile, que mire en Cali, que están solos, que toca en Bogotá, que Medellín qué pasa. Y así, poco a poco, fueron diciendo entonces que escudos, cascos y a defender las marchas. A mí esa idea cuando me la contaron, no me gustó. Era poner el cuero de uno para que los tombos le dieran.

Pero a los parceros con los que bajaba sí les gustó y se metieron de lleno, ya bajaban solos y me sacaban excusas como si no supiera que andaban en eso de la primera línea. Entonces iban y venían, y así todo, como sin decirle a uno. Y fue así hasta que se llevaron a uno de ellos que era de Robledo. Los tombos lo subieron y se lo llevaron en un carro particular. Lo tuvieron casi una semana y media. Pero son de esos que nunca se supo, porque acá a uno de pobre, ni siquiera la vida le vale. Pareciera que la mamá de uno no lo llorara porque no tiene plata y entonces a nadie le importa.

Lo que hacían los policías, entonces, era actuar de dos maneras. Una con el uniforme y la otra sin él. Entonces uno veía cómo operaban en ambas, en la ilegal y en la legal, pero en ambas actuaban con la misma brutalidad. Uno veía cómo salía de las tanquetas o de las patrullas gente encapuchada de civil, se metían y eso comenzaban a agitar y a decir lo que había que hacer. O tiraban molotov y comenzaban a gritar consignas y todo, eso era muy caja ver a los tombos gritando y saltando con uno, y uno viendo cómo salían de las patrullas. Más de uno me llegó, y preguntaban, que con quién hablaba para entrar a la primera línea. Y eso daban vueltas, le preguntaban a uno y a otro. Eso parecían de universidad, así con el cabello largo, con mochila, y hacían todo tipo de preguntas.

Uno no come de eso, uno sabe que el que mucho pregunta es tombo. Conociendo el gobierno de Colombia no cualquiera se mete en esto de salir a pelear. Y entonces les preguntan a todos que tal, que mire, uno se queda callado y le da la vuelta.

Pues en esas vueltas, de una a otra, yo siempre me metí al pogo. Cuando el ESMAD rompía las marchas, entonces me metía de una para ver cómo hacíamos que la gente saliera, siempre estaba era al frente, cucho. Y en esas vi cómo le rompieron la cabeza a uno de los parceros. La vuelta fue que yo estaba ayudando a sacar la gente para los puestos de salud. Y en esa, un tombo le tiró a la cara a uno de ellos, y le dio, y sabe qué, me lo alcé y lo llevé, cuando le quitan el casco y tal, resultó ser uno de los parceros. Nea, eso sí me calentó.

Le dieron al parcerero, y le jodieron la cara. Y comencé a ver ese día cómo les estaban dando con toda. Entonces me dije como “bueno, acá si es pa’ pararnos vamos a pararnos con toda”. Yo nunca salí con escudos ni nada de eso. Yo no necesitaba esconderme de nadie, pero muy tarde entendí que acá una capucha le puede salvar la vida a quien protesta, porque esos tombos andan de civil, hasta le ayudan a uno a llevar los heridos y están es con las cámaras, escondidos, viendo cómo llevarse a la gente o perfilando quiénes son.

Y así le pasó a más de uno, los tombos resultaban llevándoselos en carros civiles para fincas en Caldas, o los sacaban por el lado de Altavista, o por la carretera hacía Urabá y allá los torturaban, les daban duro. Nada de eso se denunció, ni se denunciará. Imagínese que se llevaban a la gente para la finca del “Diablo” le decían, cucho, allá picaron gente de la que marchaba, muchos desaparecidos están en esa finca enterrados o por esos lados. Pero lo que pasó, acá nadie lo contó.

Eso después de que se metieron en Resistencia todo comenzó a empeorar y yo por eso no parchaba por allá. Porque la Resistencia se la tomaron para vender vicio. Muchos se dedicaron fue a trabajar contra la resistencia, porque vender vicio es volver una plaza lo que se trabajaba como forma de luchar contra el gobierno y la Policía, y por ese lado de la venta de vicio, se metió la Policía y comenzó a armarse el caos entre los parches.

Resultaban con fotos de la gente, muchos y muchas resistían, y estaban dedicados a la lucha contra este gobierno, pero otros se dedicaban era

a manejar una plaza. Eso era lo más duro, que los paras se metían en todo lado disfrazados ahora de resistencia, disfrazados de lucha, por ese lado se nos metió la Policía y se llevó a más de uno.

Los estudiantes y los que antes marchaban lo miraban a uno ahora como el raro, terminaron por hacer lo que todos hacen. Entonces la lucha ya no era de ellos, llegaron hasta a decir que trabajábamos para los paras; los que hasta con hambre nos íbamos a pelear con los tombos, para que las marchas pudieran continuar, ahora para los estudiantes privilegiados resultamos siendo paramilitares.

Y, cucho, eso me indigna, usted no sabe, pero, marginados en las lomas, marginalizados por la misma sociedad, estigmatizados por el gobierno, y estos “compañeros” de lucha se convirtieron ahora en los mismos que nos daban dedo. Entonces comenzaron a decir que nosotros éramos puro vicio y a todos nos metieron en el mismo combo. Nadie iba hasta allá, no saben las dinámicas que se movieron adentro. Y no saben cómo los mismos policías infiltraron eso para destruir la resistencia, ellos solo juzgan desde sus teorías, desde la academia, como esos profesores que resultaron con novedosas formas de hacerle el juego al gobierno.

Pero bueno, le cuento cucho, me agarraron en una. Me jalaron para una casa en Aranjuez, eso lo reconocí de una porque yo parchaba por allá. Nos metieron como a cinco en un sótano, y allá nos agarraron a torturarnos. Nos mantenían encapuchados y nos ahogaban con agua, mientras preguntaban nombres y que a qué estructura pertenecíamos. Parcerero, ¿estructura?, ¿qué estructura iba a tener! Yo iba solo y allá nos encontrábamos para pelear contra el gobierno. De los parceros con los que nos llevaron, uno aún no aparece.

A otro de ellos se lo llevaron a dar vueltas y comenzó a dar dedo por allá en Resistencia, y comenzó a hablar de quién es quién. Así fue como capturaron a más de uno. A mí, cucho, los manes me metían agujas entre las uñas y me ahogaban, después nos agarraban a puños y bolillo durante un rato. Y al ver que no hablábamos entonces más rabia les daba, y así nos pegaban más duro.

A la final me sacaron en un carro y me botaron por la carretera a Urabá, me dejaron cerca a la

casa. Igual me quedé quieto como quince días, pero volví hasta que todo se fue quedando quieto de nuevo. Y en esas fue que noté que siempre se parchaba una moto con dos parceros por los lados de la casa.

Una noche me fui con una amiguita y no llegué, pues resulta que esa noche los tombos cayeron a buscarme. Entonces le preguntaron a la de las empanadas, a doña Martha, y la cucha cantó. Cayeron a la casa y le dijeron a mi mamá que me buscaban. Al día siguiente me echó de la casa, y así quedé en la casa de la parcerera. Pero se sigue la lucha, mi hermano. Acá la lucha sigue, aunque ahora lo que se viene es lo más riesgoso, los montajes de la Fiscalía o ser desaparecido por las Águilas Negras, que son la misma Policía. La injusticia nos persigue por rebeldes, aunque nos tacha de vándalos, los estudiantes nos dicen paramilitares, pero ellos siguen como rebeldes, y al parecer todo sigue igual, ahora lo importante son las elecciones y más de uno salió con candidato o como candidato.

Y mi mamá, cucho, mi vieja quedó sola con mi hermana. ■

